

# Siglo XX: aperturas y exclusiones

RAFAELLE DI GEORGI

## Resumen

El artículo realiza un balance entre las promesas y esperanzas del optimismo decimonónico y la realidad contrastante de nuestra era, con sus incuestionables cimas —progreso— así como con sus pavorosas simas —retrocesos—. El autor hace hincapié en este juego de luces y sombras en el que ha devenido la historia del siglo XX que se debate, en sus postrimerías, entre la inclusión y la exclusión social de sus protagonistas. Se deja en claro el “fracaso” de las expectativas de progreso al develar en su análisis las ilusiones no cumplidas, así como las concreciones consumadas a lo largo de esta centuria, mismas que han puesto un “hasta aquí” a cualquier proyecto futurista ilusorio. Tras una crítica a la “posmodernidad”, el autor propone una metodología —la “observación sociológica”— capaz de construir en concreto, y ya no imaginariamente, los escenarios de las sociedades futuras.

## Abstract

This article draws a balance between the promises and hopes of the 19th century optimism and the contrasting reality of our era, with its unquestionable peaks —progress— and its frightening troughs —setbacks. The writer points out to the contrasting —bright and dark— game within which the 20th century history involved and how, in its final years, it is debating between the social acceptance or rejection of its main characters. The author makes clear the “failure” of the expectation for progress, for, in revealing the unfulfilled hopes, as well as the achievements gained during this century, it shows they have placed an end to any future illusionary project. After criticizing “post-modernity”, he advances a methodology —the “sociological observation”— capable of building truly, not imaginarily, a setting for future societies.

---

**E**ste siglo se inició cargando sobre sus espaldas la pesada herencia de algunas ideas de la centuria precedente, las cuales fueron apresuradamente retomadas para ser, decenios más tarde, cambiadas y aun abandonadas. Todavía hoy no sabemos bien a bien cómo comportarnos frente al descubrimiento de que esta herencia ha sido inútil e inadecuada para comprender, cabalmente, la modernidad tan compleja de este siglo que termina.

---

Una de estas ideas aseguraba que se podía lograr un futuro mejor de lo que el presente ofrecía; era tan sólo una cuestión de voluntad, saber y colaboración. Así, al inicio del siglo XX se hablaba todavía de “progreso”, “civilización”, “industrialización”, “técnica”... Este vocabulario era inclusive válido para los revolucionarios que buscaban, asimismo, un progreso, aunque alternativo, de las sociedades: la necesidad de electrificación y comunicación por vía férrea era aceptada por todos. En todo caso, la confianza en el futuro y en las posibilidades de gobernarlo era indiscutible.

Este siglo, abundante en experiencias positivas y negativas (algunas de ellas horrorosamente negativas como las dos guerras mundiales), se percató muy pronto de cuán difícil sería mantener esta confianza, a tal punto que las palabras claves de los últimos decenios se han convertido en los antónimos de aquellas decimonónicas: “incertidumbre”, “relatividad”, “indeterminación”, “inconciencia”, “imprevisibilidad”, y tantas otras del mismo tenor. La idea de un futuro “mejor” se ha debido liberar de su unicidad. Ciertamente, no hay duda de que muchas cosas han mejorado a lo largo de este siglo: el bienestar alcanzado no tiene parangón en la historia; el promedio de vida se ha dilatado considerablemente; la educación ha llegado a más gente que nunca; la igualdad y la libertad no son ya una realidad de pocos. Mas existe la otra cara de la moneda, y lo que ella refleja no es más que el peor de los escenarios posibles: rara vez en su historia la humanidad ha conocido niveles tales de degradación; como nunca antes, la violencia y la muerte han sido logradas con método y eficacia; jamás un número tan grande de personas ha desfalecido por inanición, como sucede hoy en África. Ejemplos de este tenor pueden ser fácilmente multiplicados. Si algo nos ha legado este siglo es la enseñanza de que la realidad, y en particular la sociedad, procede siempre de un modo diferencial, es decir: cada evento y situación tienen siempre dos lados y no se puede apuntar hacia uno de ellos sin hacer referencia también al otro. Ciertamente se puede mejorar —y este siglo lo ha logrado en muchos rubros—, pero el costo de tal mejoramiento es siempre el empeoramiento. La historia reciente no ha hecho otra cosa que demostrarlo.

Desde que la sociedad moderna logró eliminar privilegios y diferencias “naturales” e intocables, ninguna otra sociedad, en la vida, se preocupó tanto por aquellos que son excluidos; de ningún modo

hubo antes tal preocupación por las enfermedades y su curación como en nuestros días (en los cuales la medicina ha logrado curarlo casi todo); nunca se ha tenido tanto horror con respecto a la guerra desde que las actuales sociedades han sido capaces de mantener bajo control los conflictos bélicos de manera tal que los ha logrado circunscribir a zonas y poblaciones muy restringidas.

A lo anterior se añade otro dato de notable relevancia. Las diferencias que guían la reflexión de la sociedad de hoy cambian con una velocidad sorprendente. Baste recordar que al inicio de este siglo los obreros oprimidos se contraponían —por la vía revolucionaria— a los propietarios de los medios de producción; que Europa era entonces el centro del mundo; que las mujeres iniciaban su lucha por la emancipación; que los grandes imperios encontraban cada vez más mayores resistencias de sus pueblos subyugados, mismos que buscaban una forma cualquiera de autonomía, entre otros aspectos. Hoy, en cambio, después de pocos decenios, han surgido cuestiones —y por tanto, diferencias— de género muy diverso: el problema ya no son más los “sistemas”, sino el “ambiente”; no se está ya más en pos de la emancipación y la liberación de los oprimidos, sino en favor de disminuir la distancia, cada vez mayor, entre aquellos que están incluidos en la sociedad y aquellos excluidos de ella; ya no se imagina más un futuro radiante producto de la razón, sino que ahora la humanidad se limita a tratar de entender cómo se puede reaccionar frente a un futuro riesgoso e incierto. O lo que es peor: cada tentativa de nuestro tiempo por crear seguridad y determinar positivamente el futuro no hace más que acrecentar los peligros hacia los cuales la sociedad moderna se encamina. Esta incertidumbre aumenta cuanto más se trata de contenerla. Y esto es válido tanto para los incluidos como para los excluidos sociales.

El final del siglo XX es, precisamente, testigo de esto. La certidumbre de haber logrado la inclusión de todos los hombres en una universalidad de los sistemas sociales no ocasiona otra cosa que su propia incertidumbre: la exclusión. La reproducción continua de la diferencia entre inclusión y exclusión constituye la nueva barbarie que se proyecta hacia el futuro y que abre a un tiempo las puertas de incertidumbre que la razón es incapaz de contener, porque la decisión no se puede ya más controlar. En los umbrales del próximo milenio el futuro está, por un lado, más cercano, cual horizonte a lo

---

---

largo del cual se despliegan continuamente posibilidades diversas. Pero, por otro, el porvenir parece estructuralmente determinado por la imposibilidad de realizarlo. La política, el derecho, la economía y la educación han agotado aquella fuente gracias a la cual se había posibilitado el inicio del siglo que está por terminar: la expectativa. Esta fuerza se ha extenuado porque las premisas que habían considerado la ilusión de un proyecto de modernidad como un sueño posible, han manifestado su paradójica constitutiva: la inclusión a través de la exclusión.

En este sentido, el siglo XX se proyecta hacia el futuro como el siglo del desvelamiento, de la artificialidad de la sociedad contemporánea. Estos 100 años nacieron con la idea de que el orden de la naturaleza era posible sustituirlo con otro muy concreto donde las sociedades fueran capaces de gobernarse y representarse a sí mismas y en sí mismas. En esta ilusión, los sistemas sociales se representaron como subordinados a la centralización de la política. Las tragedias que siguieron a la tentativa de reconstruir un tipo de orden semejante en la jerarquía de estos sistemas atestiguan, sin duda alguna, la falacia de tal construcción. Si bien las ilusiones aún no han terminado, sí se han consumado las representaciones imposibles de una sociedad universal inexistente.

No hay duda de que hoy en día la política puede controlarse a sí misma al máximo, así como la economía puede, de igual manera, controlar la complejidad que por sí misma produce. Asimismo, el derecho logra equilibrar las injusticias que él construye y la educación contener los daños y las desigualdades que ella impone.

Las alternativas posibles parecen haberse consumado y, en consecuencia, frente a la certeza de que todo puede suceder distintamente de como sucede, se permanece impotentes ante la evidencia de que la realidad de la sociedad contemporánea constituye nada más el horizonte inseguro para que se establezcan tan sólo limitadas premisas evolutivas de un futuro que no conocemos.

Se ha convertido en moda el pensar que la sociedad presente debe vivir en su futuro e imaginar, así, una sociedad posterior con respecto a sí misma. Esta moda ha sido denominada como "posmodernidad". En realidad, lo que este siglo ha puesto de manifiesto es sólo la historicidad de la modernidad, es decir, su artificialidad. La sociedad moderna no es otra cosa que una máquina histórica en el sen-

tido que parte siempre de las condiciones en las que ella misma se ha colocado. En ésta, su específica historicidad, la sociedad moderna reactiva continuamente su memoria y se vuelve, con ello, presente a sí misma. La sociedad no es nunca su propio futuro, ni mucho menos una mera actualización de su pasado. Lo venidero, por lo tanto, es incapaz de corregir —menos aún de resolver— los errores y problemas de lo pretérito. El futuro de la memoria está condicionado por las posibilidades operativas que los sistemas sociales se construyen de vez en cuando. Y estas mismas posibilidades pueden ser objeto de la observación sociológica, así como ésta permite describir el espacio de las alternativas posibles. No es cuestión de racionalidad, ni mucho menos de un proyecto específico, pues no existen proyectos alternativos con respecto a la modernidad. Todo proyecto posible está contenido en la artificialidad inmanente, en la temporalización de la complejidad, a través de la cual la sociedad hace posible su operar y predispone, de tanto en tanto, su futuro. La metafísica de los grandes proyectos y la fantástica tortuosidad de las grandes ilusiones sustituyen a los horizontes concretos de posibilidades. En cambio, la observación sociológica sin prejuicios, y por ende realista, es el único instrumento del cual se dispone para observar en el presente los espacios concretos de la construcción del futuro.

A comienzos de esta centuria todavía se podía creer que la función de la política y de los intelectuales era, justamente, diseñar tales espacios concretos. Las décadas siguientes fueron testigo de la trágica falacia de tal expectativa. Actualmente sólo no basta con tratar de controlar el miedo, racionalizando la incertidumbre y estabilizando la prospectiva del riesgo. Éste mismo se sustrae a valoraciones racionales, a decisiones ciertas, y por tanto escapa a la posibilidad de negarlo y excluirlo. La certidumbre de esta incertidumbre, constitutiva y estructural, permite potenciar las limitaciones de la capacidad de reflexión sobre los riesgos de las alternativas posibles. Si es verdad que el futuro no puede nunca comenzar, también lo es que siempre es inminente. Por ello la necesidad de visualizarlo bajo las determinaciones del presente. El conocimiento del riesgo, de la limitación de la visibilidad y de la historicidad del presente son los únicos instrumentos mediante los cuales la observación sociológica permite demoler el presente y recoger los fragmentos en la prospectiva de construir, con ellos, un nuevo iluminismo.